

Julio García-Espinosa: hacer y pensar el cine

Este 13 de abril se cumple un decenio de la muerte del cineasta cubano, cuyo centenario también conmemoramos en 2026

JULIO MARTÍNEZ MOLINA

Julio García-Espinosa Romero –de cuyo deceso se cumplen diez años el 13 de abril– formó parte de ese no tan numeroso círculo de realizadores que, además de fraguarlo, pensaron el arte fílmico en sus aristas artísticas, éticas y políticas.

En su caso, precisa ponderarse que también dedicó provechoso tiempo de su vida a dirigir ministerios, creaciones e instituciones culturales de alta significación, tanto para el acervo de Cuba como de Latinoamérica en general.

El fundador del Instituto Cubano del Arte e Industria Cinematográficos (en el cual se desempeñó en varias responsabilidades de peso, hasta alcanzar su presidencia), fue viceministro de Cultura y dirigió el Festival del Nuevo Cine Latinoamericano.

El Premio Nacional de Cine 2004 legó una valiosa filmografía, integrada a la evolución misma del séptimo arte revolucionario desde sus raíces, a la cual aunó un quehacer ensayístico aportador de postulados teóricos que hoy continúan llenos de vigencia.

Sus textos *Por un cine imperfecto*, *En busca del cine perdido*, *El destino del cine*, *La doble moral del cine*, *Un largo camino hacia la luz*, *El cine cubano o los caminos de la modernidad* y *Lo nuevo en el Nuevo Cine Latinoamericano*, entre otros, resultan materiales teóricos capaces de argumentar a placer esa aseveración.

Graduado de Dirección en el Centro Experimental de Cinematografía de Roma en 1953, al presidente de la sección de Cine de la Sociedad Cultural Nuestro Tiempo le cupo el histórico honor, en colaboración con Tomás Gutiérrez Alea y otros notables de la pantalla cubana, de dirigir el cortometraje *El Mégano* (1955).

Este año –cuando se cumplirá, asimismo, el centenario de su nacimiento, el próximo 5 de septiembre– representa tentadora fecha de invitación para parte de los espectadores de las nuevas generaciones que aún no ha accedido a la obra fílmica del también fundador del Comité de Cineastas de América Latina, integrante de la Academia de Cine de España y director de la Escuela Internacional de Cine y Televisión de San Antonio de los Baños.

Esa obra fílmica contempla películas de ficción indelebles de nuestro panteón cinematográfico, a la manera de *El joven rebelde* (1961); *Aventuras de Juan Quinquín* (1967) o *Reina y Rey* (1994), su última y desgarradora cinta de ficción, filmada en los días más asfixiantes del periodo especial, con una Consuelito Vidal para enmarcar en cada fotograma.

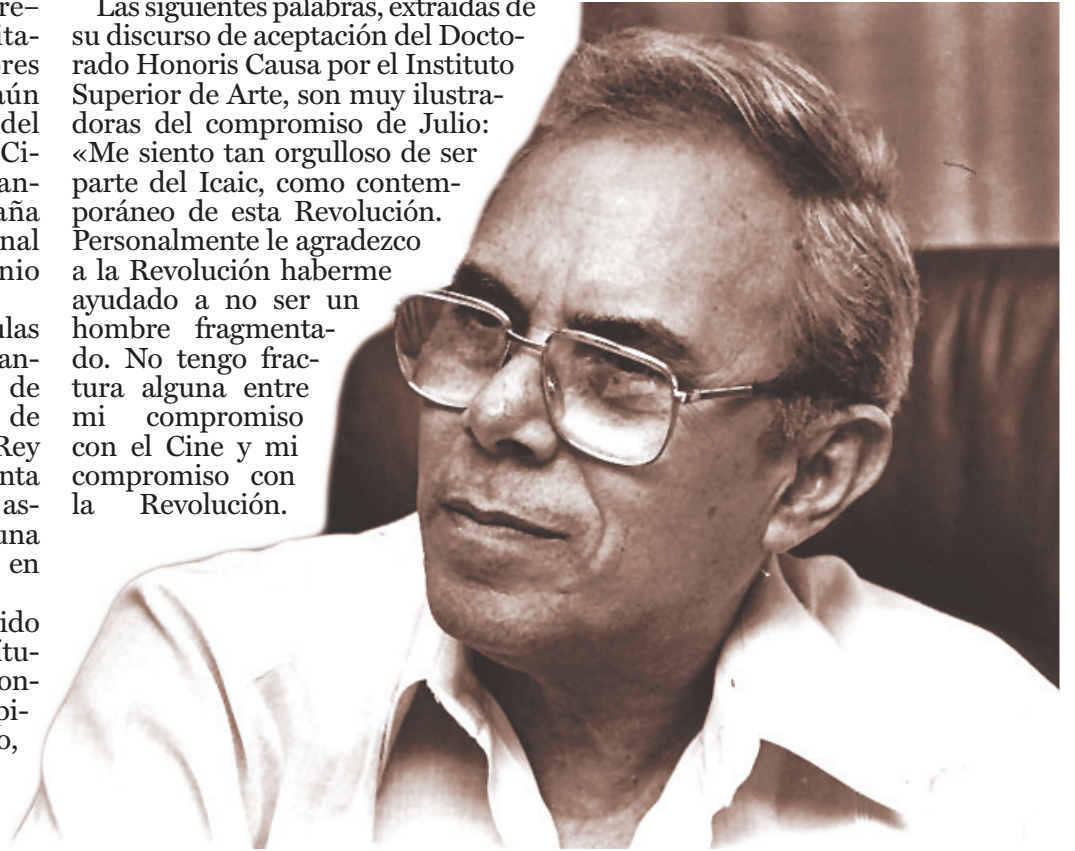
También, con un trabajo sostenido –y muy destacado en numerosos títulos– dentro del documental y la confección de guiones, Julio García-Espinosa fue un creador muy completo,

uno de los más integrales de la historia de nuestra pantalla.

Y, por supuesto, como algunos de sus colegas, sería, igualmente, un espectador omnívoro. Desde la primera película que vio (*El hombre lobo*, en la sala capitalina Nora) hasta su muerte, observó, disfrutó y analizó infinito cine, de muchas partes, de su tempranamente amado neorrealismo italiano a casi todo.

Las siguientes palabras, extraídas de su discurso de aceptación del Doctorado Honoris Causa por el Instituto Superior de Arte, son muy ilustradoras del compromiso de Julio: «Me siento tan orgulloso de ser parte del Icaic, como contemporáneo de esta Revolución. Personalmente le agradezco a la Revolución haberme ayudado a no ser un hombre fragmentado. No tengo fractura alguna entre mi compromiso con el Cine y mi compromiso con la Revolución.

«Sé que (...) la coherencia no siempre es fácil y que, además la coherencia forzada puede bloquear al espíritu. Pero la Revolución nos ha abierto puertas para evitar el conformismo. Así es, así será. Son tiempos, por demás, de vergüenza. De los que la tienen y de los que no la tienen. El mundo no puede ser indiferente. El Cine no debe serlo. Yo no lo soy».



García-Espinosa fue un creador muy completo. FOTO: FERNANDO LEZCANO

Un Doble Play de amor por la familia y el beisbol

La película de animación apuesta por abordar el tema de ese Patrimonio Nacional, apenas presente en la filmografía cubana

JORGE ERNESTO ANGULO LEIVA

Según Norberto Codina, dos amantes del beisbol en sus respectivas épocas, el poeta Walt Whitman y el cineasta Ken Burns, completaron una frase que capta lo especial de ese juego «de errores, derrotas, pero de eterna esperanza» y cuyo «fin último es llegar a casa».

Sentía caer tales palabras como rectas en la esquinita de adentro, imposibles de conectar, mientras observaba la presentación, en el Cine Yara, de la película de animación *Doble Play*, realizada por Burene Producciones.

Dentro de la trama, César (doblado por Iván González), prospecto matancero y de la Isla, decide dejar el terreno tras una injusticia contra él, la muerte de su madre y la depresión de su padre (William Quintana), otrora puntal de Henequeneros, pero víctima del olvido.

El joven estudia en un preuniversitario del municipio de Jovellanos y organizan un torneo entre varias escuelas; sin embargo, mantiene su reticencia al diamante.

Decide volver cuando el progenitor le regala su uniforme de la Serie Nacional, lo acompaña desde las gradas y lo ve conectar jonrón, insuficiente para cambiar un partido, pero capaz de devolverle al protagonista la alegría de ser pelotero, el sueño de tantos niños.



La proyección formó parte de la Primera Muestra y Concurso del Cine Nacional. FOTO: NIEVES MOLINA

El director Carlos Daniel Hernández León aseguró a Granma que la propuesta fílmica posee mucho de su propia biografía. Además de estar emparentado con el gran Jorge Luis Valdés, tiene como tío a Rafael Delgado, lanzador de Citricultores y Matanzas en la década de 1990, quien no escapó a la falta de atención y memoria.

Sobre el tratamiento de ese delicado tema, confesó que hallaron «un punto medio, el drama que impulsara a César a jugar de nuevo». Mencionó otro objetivo fundamental de la propuesta:

«replicar la sensación de cuando terminas de disfrutar un anime de deportes, que te dan ganas de salir a practicarlo. Deseamos que los niños salgan del cine a la pelota».

El guionista y editor Boris Luis Alonso Pérez expresó: «creímos importante presentar un producto sobre este Patrimonio, apoyados en la larga trayectoria de la Isla en dibujos animados. Aunque cuenta una historia local, transmite valores nacionales, así como la necesidad de superar cualquier circunstancia para perseguir las metas y cómo la amistad forma parte importante en ese empuje.

«Incluimos un componente educativo a través de consejos y animaciones de la forma correcta de empuñar el madero y distintos tipos de lanzamientos. Bárbaro Hernández, estrella de los Cocodrilos en el filme, tiene la forma de batear de Ariel Sánchez y uno de los protagonistas realiza el *wind-up* de Tati Valdés».

Emplearon la técnica 2D tradicional y culminaron el proyecto en poco más de un año, con un colectivo de 30 y tantas personas, entre actores de los teatros en esa provincia, animadores, guionistas y fondistas.

Alonso Pérez agradeció el apoyo del Instituto Cubano del Arte e Industria Cinematográficos por apostarle a esa iniciativa. Hernández León reconoció el papel clave de Esther Hirzel porque dio el sí cuando le enseñaron una historieta alejada de la animación. «Sin ella nada fuese posible».

El director también mencionó el aporte de su madre, «economista, pero que le puso su mano al lápiz. Mi novia, todo terreno, participó en el color, el intercalado, los efectos especiales. Los animadores venían conmigo de los talleres de creación en el municipio». Como en el título: la familia y el amor por el beisbol conforman, dentro y fuera de la película, un perfecto Doble Play.